

especial para *El Financiero*, edición del 7 de abril de 1992

Wenceslao Roces

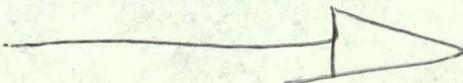
miguel ángel granados chapa

A las seis y media de la mañana del último domingo de marzo murió el doctor Wenceslao Roces, y fue sepultado al mediodía siguiente. Había nacido casi un siglo atrás, en 1897, en Sobrescopio, Asturias. No faltarán mentecatos que asegure que su mayor tarea intelectual fue lesiva para la sociedad, pues se encargó de traducir al español buena parte de la obra de Marx y Engels. Señaladamente trajo del alemán *El capital*, el libro que compendia el pensamiento del filósofo de Tréveris.

Roces fue uno de los profesores arribados a México al final de la guerra civil española. Originalmente abogado, transitó después a la historia, la filosofía y la educación. Se licenció en derecho en la Universidad de Oviedo, y obtuvo el doctorado en la Universidad de Madrid, con la tesis *El derecho de superficie en la jurisprudencia romana*. No es ocioso mencionarlo, porque la mayor parte de quienes conocieron a Roces no lo imaginarían dedicado a esa porción de los estudios jurídicos, y porque quienes supieron de esa parcela de su saber, y se beneficiaron de ella, de seguro compartirán el recuerdo que acaba de hacer, en *La Jornada*, otro trasterrado español, también jurista, Néstor de Buen. Recordó que si bien no dedicó su vida a la enseñanza jurídica, mantuvo la cátedra "de derecho romano, para la que estaba especialmente dotado". A los veintitrés años, con una beca de la Junta de Ampliación de Estudios marchó a Alemania, y al volverse se convirtió en profesor en la Universidad de Salamanca.

Allí se encuentra con Unamuno. Sin ese hallazgo espiritual, "y el ambiente de lucha contra la dictadura (de Primo de Rivera, no todavía la de Franco), es posible que yo me hubiera convertido en un humilde profesor de derecho romano y habría sido un sabio". Así, entre humilde e irónico lo dijo él mismo en una entrevista hecha por María Luisa Capella. Pero si bien cumplía con escrúpulo sus deberes académicos, ya para entonces se había afiliado al Partido Comunista, y militaba de diversas maneras. En 1930 estableció la editorial Cénit. Y en 1934, durante la revolución de los mineros de Asturias, salió del claustro a la vida real. Al año siguiente vivió en la Unión Soviética. Era subsecretario de Educación en 1936, a la hora de la sublevación militar, y durante la guerra actúa como magistrado del Tribunal Supremo.

Al llegar a México, en 1939, se incorpora a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, junto con don Manuel Pedroso, Felipe Sánchez Román, Luis Recaséns Siches, Rafael de Pina, Mariano Ruiz Funes, Joaquín Rodríguez y Rodríguez, Niceto Alcalá Zamora, Demófilo de Buen, Javier Malagón, Aurora Arnáiz, etcétera. La riqueza que aportaron a los estudios de leyes es similar a la que trajeron en otros campos. Roces no se limitó a la enseñanza, sino que se dedicó a la traducción en el Fondo de Cultura Económica. Aparte los textos más importantes del marxismo, puso en castellano textos como la



— 2 —

*Historia de la filosofía*, de Hegel; la *Paideia*, de Jaeger; *El asalto a la razón*, de Luckacs; la obra de Dilthey y, entre muchas otras, la *Filosofía del derecho* de Gustav Radbruch. La variedad de los temas a que se abocó modificaron su vocación académica, y por ello trasladó a la Facultad de Filosofía y Letras su sede universitaria. En ella llegó a ser profesor emérito en 1969.

No volvió a España hasta la muerte de Franco. En las primeras elecciones parlamentarias de la transición a la democracia, fue candidato a senador, y ganó la banca, pero no permaneció en ella durante toda la legislatura. Resolvió volver a México. Néstor de Buen lo explica así:

"Fue tan notable el cambio (del trasterramiento) en hombres como Roces, que llegaron a México hechos y derechos, con experiencias de guerra, ~~que~~ tuvieron la gracia de ser en España, de nuevo protagonistas, que declinaron honores y prefirieron rendirlos ellos, con su presencia, a nuestro otro país entrañable. Ese feroz comunista que fue Roces, intransigente, dogmático, de suprema inteligencia, fue honrado por el presidente Miguel de la Madrid con el Aguila Azteca".

Adolfo Sánchez Rebolledo, hijo de otro gran exiliado, don Adolfo Sánchez Vázquez, rindió también homenaje a don Wenceslao. Lo recuerda viajando, "jovial, hacia Mocambo, un caluroso invierno veracruzano cuando, bien entrado en los cincuenta, aprendió a conducir en aquel pequeño Opel negro que al fin con sus ahorros de traductor pudo comprarse. Recuerdo que Wences, no conforme con hablar alemán, era el único entre los españoles comunistas que yo conocí, que admiraba --y entendía--, el beisbol, un juego yanqui por excelencia".

El propio Sánchez Rebolledo trazó de una pincelada la semblanza espiritual de este hombre magnífico al escribir una especie de crónica del sepelio del doctor Roces:

"En las emocionadas palabras de adiós que pronunciaron la historiadora Andrea Sánchez, el maestro Ernesto Schettino y el doctor Adolfo Sánchez Vázquez, hubo una espontánea y significativa coincidencia: toos destacaron, entre las virtudes superiores de este *español renacido mexicano*, la firmeza del espíritu, la coherencia entre el pensamiento, que confiere vigor a la lealtad, y la fidelidad a una moral exigente, que da normas a la acción política y la vida cotidiana, atributos todos que Wenceslao Roces resumió en una sola palabra, la honestidad, que fue su incommovible divisa personal".

— 0 —